

"Yo soy la puerta: quien entra por mí, se salvará" (Jn 10,9)

Felipe Santos, SDB

Las palabras y los gestos de Jesús desvelan un entrañable amor por el pueblo, son una denuncia contra los que abusan de los indefensos; su forma de acercarse tan abierta, sincera y gratuita, abre caminos de liberación. Ten hoy abierta la puerta de tu vida, para recibir y para dar, para anunciar y denunciar la extorsión y a la exclusión de los más pobres.

Gracias, Jesús, por tu puerta abierta, por tus manos y tu corazón abiertos. Gracias por tu eucaristía, mesa abierta. Gracias por abrirnos tu corazón.

Jesús no es sólo la puerta del aprisco; también es el pastor, y no un pastor cualquiera, como hay tantos, que a duras penas ejercen su labor porque no tienen más qué hacer; él es bueno, sabe lo que necesita cada oveja, sabe en qué condición se encuentra cada una, las conoce por su nombre, las llama y ellas le siguen sin temor ni desconfianza.

Ya el Antiguo Testamento había aplicado a Yahvé esa imagen del pastor ideal, único capaz de defender hasta el límite a sus ovejas; ello porque los pastores de carne y hueso que estaban al frente del pueblo, no daban la talla, descuidaban sus deberes y su función de guías.

Pues bien, esa es la realidad con la que se enfrenta Jesús: Unos pastores codiciosos, envidiosos y abusivos, que “no respetan ni a Dios ni al prójimo” y que, sin embargo, están ahí, haciendo creer que han sido designados por Dios y que, antes que nada, son servidores suyos. En contraste con esos pastores, Jesús se presenta a sus seguidores como el verdadero y único pastor bueno, porque está en capacidad de dar hasta su vida por sus ovejas.